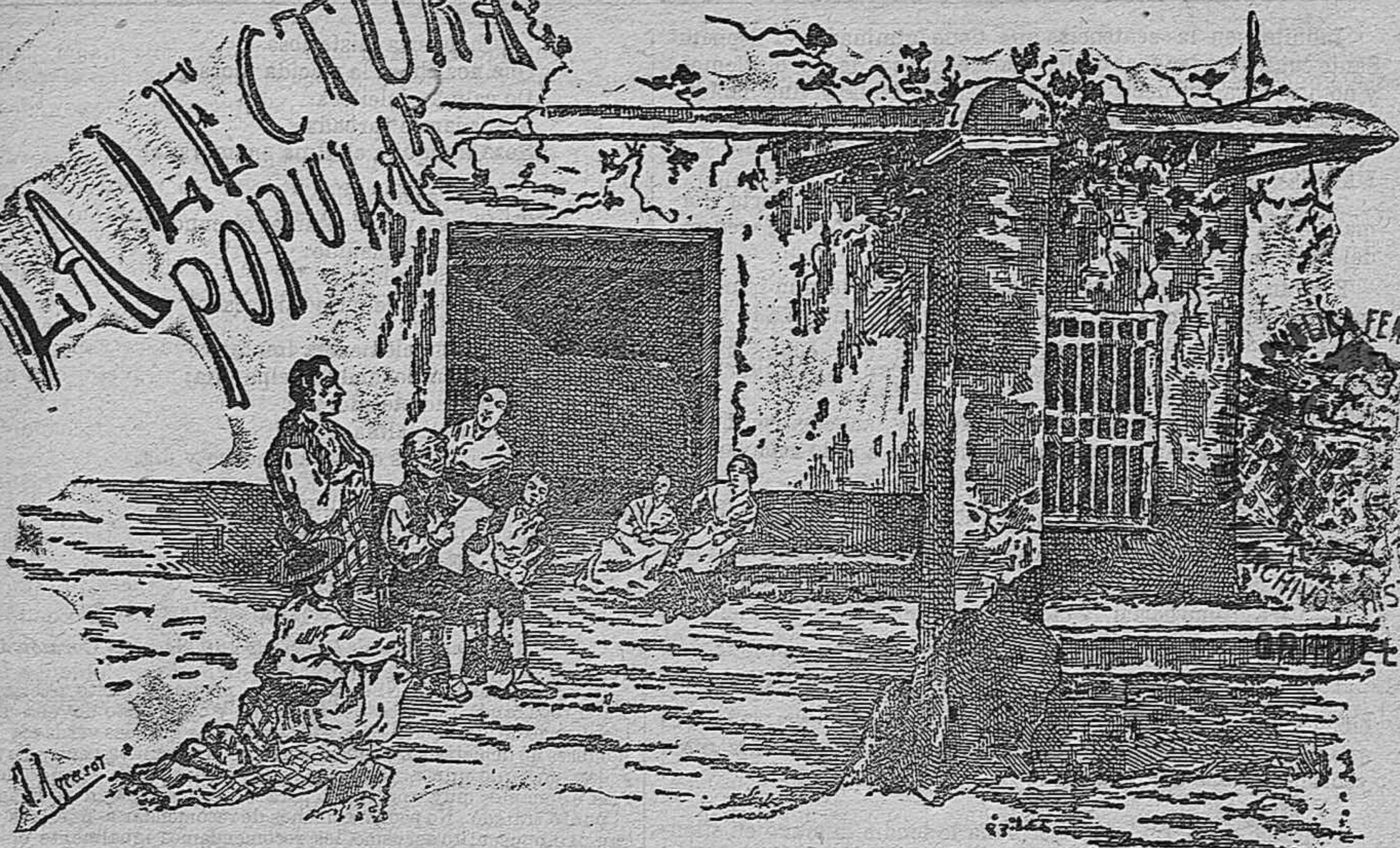


LA ESTRUCTURA POPULAR



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 15 de Febrero de 1884.

NÚMERO 20.

LA MUERTE DE UN HIJO.

—¡Hijo de mi corazón!!

Esta era la frase que repetía una pobre madre junto á la cuna de su hijo, viéndole morir poco á poco, sin encontrar un remedio para salvarle.—¡Hijo de mi corazón! repetía: Tus ojitos van cerrándose para no abrirse más, y mi vida se acaba conforme se acaba la tuya. ¿Cómo podré vivir sin tí, hijo mío? ¿Que será de mí cuando ya no me mires más, cuando tus bracitos helados ya no puedan abrazarme y tu boca fría ya no responda á mis besos.—¡Hijo mío! hijo mío, si te mueres, yo no podré vivir.

El niño abrió sus ojos moribundos y miró á su madre por última vez. Aquella triste mirada de despedida se clavó tan honda en el corazón de la madre, que como si hubiese sido herida en lo más profundo de su sér, se alzó loca de dolor, dando terribles y lastimeros gritos.

Enfrente tenía una imagen de Cristo Crucificado á cuyo pié la Virgen María lloraba como ella. Ante aquella sagrada imagen había suplicado noche y día pidiendo la vida de su hijo.

—Salvadle, madre mía,—decía—salvadle y quitadme á mí la vida si queréis. Que viva él aunque muera yo; no puedo vivir sin él. Es mi consuelo, mi alegría, mi esperanza. Concededme su vida que es lo que más amo en el mundo.

Ante aquellas súplicas, las piedras parecían ablandarse, y sin embargo el cielo duro como el bronce no cedía. La imagen muda del Cristo Santo revestida de tristeza parecía no oír aquellos fervientes ruegos. La Virgen seguía llorando al pié de la cruz y la madre seguía pidiendo y pidiendo sin llegar jamás á conseguir.

El dolor enloquece y aquella madre infeliz, cansada de suplicar y arrebatada por la pena, trocando en fiero despecho su dolor profundo.

—Basta,—exclamó,—no te pido más imagen de Jesús que no me atiendes, no te pido más, pues parece que mis dolores te son indiferentes. Parece que tu pecho es de piedra Virgen María y no me escuchas. Tú que fuistes madre y tanto padecistes, no oyes á esta madre que padece.

Cuando la infeliz calló, el viento silbó con fuerza y el aliento

de su hijo apagándose por momentos anunció el instante fatal. Una nube de sangre pasó como un velo fúnebre por los ojos de la madre. Irguióse de repente y agarrando con rápido movimiento el cuadro del Crucificado, lo volvió de espaldas, dejándole así colgado para no verlo más. Aquello era la venganza de una loca. Una fiera expresión de despecho se pintó en su semblante. Pero inmediatamente su rostro se transformó por completo. Cubrióse de una palidez mortal, y con los ojos desencajados y las manos extendidas exclamó:

—¿Que veo Dios mío que veo? Mi hijo subiendo una escalera, mi hijo en un patíbulo, mi hijo ajusticiado. ¿Que veo, Dios mío?

En efecto. Sobre el respaldo del cuadro inmensamente agrandado, se divisaba otro cuadro aterrador. Aquel niño era ya hombre y cubierto con una hopa amarilla se dirigía al banquillo del cadalso para sufrir la pena del garrote vil.

—Hé aquí—dijo una voz que parecía salir de la parte del cuadro que miraba á la pared.—Hé aquí madre ingrata, el porvenir que tus súplicas reservaban á tu hijo. La muerte afrentosa y horrible de los asesinos.

La madre no pudo más y cayó desmayada.

Cuando despertó, el niño ya no estaba en la cuna. Había volado al cielo.

Un torrente de lágrimas empezó á correr por las mejillas de aquella que momentos antes había ofendido al Dios de la bondad y de la misericordia, pero aquellas lágrimas estaban ya endulzadas por la resignación, y Dios hacía descender sobre su corazón arrepentido los primeros halagos de la esperanza y del consuelo.

Nada permite Dios en vano, y mucho menos permite que el dolor desgarré las entrañas de los hombres sin un fin tan grande y tan bueno como profundos y amargos son nuestros pesares.

Si pudiéramos leer á través del porvenir las consecuencias de lo que en nuestra ciega ignorancia creemos bueno y provechoso para nosotros, nos aterrariamos muchas veces, y en cambio si pudiésemos apreciar el fruto que algún día hemos de recoger de lo que consideramos como desgracias nuestras, bendeciríamos esas desgracias como dones preciosos de la Divina Providencia.

Sin embargo esto sucede pocas veces.

¿Por qué?

Porque carecemos de fé, de esa fé viva que engendra la esperanza y que junto con ella hace llevaderas todas las penas del mundo.

Así castiga Dios nuestra desconfianza y nuestra ingratitud.

En la leyenda que narramos, aquella madre vió en el dorso del cuadro el porvenir que esperaba á su hijo. ¿Quién nos ha dicho á nosotros que lo que deseamos conseguir como suceso feliz no tiene reservado un negro y fatal desenlace? ¿Quién nos ha dicho que lo que pedimos con anhelo considerándolo como un gran bien, no llega á convertirse en un gran mal?

Esta idea unida á la que debemos tener de la bondad y sabiduría de Dios, que como tal sabe siempre lo que nos conviene, debe llenarnos de grandísima confianza.

Trabajemos un día y otro día, puestos siempre los ojos en la verdad y en la justicia, y estemos seguros de que cuanto nos suceda será para nuestro bien. Así lo tiene prometido Jesucristo, y así se cumplirá al pie de la letra.

Si ante esta dulce confianza, que es la más hermosa prenda de los pobres y de los desgraciados hay quien sonríe incrédulo, le diremos:

—¿Por qué te ríes? ¿Sabes tu acaso más que el que hizo los cielos y la tierra? ¿Sabes más que el que arregló los días y las noches, las estaciones y los años; más que el que formó al hombre y le dió una cabeza para pensar y un corazón para sentir? Pues si no sabes más que él ¿cómo pretendes juzgarle y declararle impotente para conservar las obras de sus manos? ¿Cómo pretendes suponerle tan torpe ó tan malévolos que no pueda ó no quiera cuidar de las criaturas que él mismo crió?

Desengañense los incrédulos. Ni un cabello de nuestra cabeza puede crecer ni perecer sin la voluntad del Dios que los hizo y los tiene contados. El que asegure otra cosa es un ignorante que algún día pagará su ignorancia con la terrible moneda de la desesperación.

LAS FAMILIAS ENEMIGAS.

—): (—

Suenan alegres las campanas de la torre de Monte de Elmo. De todas partes afluyen las gentes hácia la iglesia, á celebrar la fiesta de la Pascua.

Ya ha comenzado la misa mayor; el órgano resuena bajo las bóvedas, y los cánticos y el incienso se elevan hácia Dios, cuando de repente un grito estridente turba el oficio divino. En la plaza de la iglesia se oye un tumulto espantoso. La antigua enemistad de dos familias, los Grimaldi y los Vicenti, acaba de estallar con furor. Los Grimaldi se precipitan con frenesí sobre Pablo Vicenti, el cual armado de una pistola hace fuego sobre Antonio, el hijo mayor de Ruggiero Grimaldi, que cae en el suelo sin vida. La misa se interrumpe. Se corre á las armas; los dos partidos se atacan con furor. Algunos huyen, otros los persiguen, las balas silban, las espadas se cruzan.

Pablo ha huido rápido como un corzo para llegar al bosque, pero todos los caminos están cerrados cortándole así la retirada.

¿Adónde huir? ¿Dónde esconderse?

Cerca de la colina se ve una casa y se dirige á ella para refugiarse. Pero ¡oh desgracia! es la casa de Ruggiero, de su enemigo.

Sin embargo, Pablo abre la puerta y recorre las habitaciones; toda la familia está en la villa. Se encuentra dueño del lugar.

Allí hay fusiles, pólvora, balas. La cueva le surtirá de viveres. Rápido como el pensamiento cierra todas las puertas y decide defenderse.

Ruggiero lo persigue con sus compañeros; pero ninguno se atreve á aproximarse al lugar donde le esperan las balas de Pablo.

Grimaldi ruge de furor viendo á su mortal enemigo refugiado en su propia casa, pero su ira raya en frenesí cuando ve llegar exánime el cuerpo de su hijo. Entonces, ciego de cólera y sediento de venganza, coge un tizón encendido y lo arroja so-

bre la tehedumbre de su misma morada. La llama prende y avanza sobre todo el edificio que empieza á desmoronarse.

De repente aparece la esposa de Ruggiero, loca y desesperada.

—¡Insensato!—exclama, lanzando gritos de dolor.—¿Que has hecho! Nuestro hijo Francisco duerme en nuestra habitación. Desdichado, has muerto tu mismo por vengarte al único hijo que nos quedaba.

Ruggiero pierde la cabeza; parece que siente caer sobre ella los tizones encendidos por su mano vengativa.

Por su parte, Pablo piensa también que todo está perdido para él. Corre de una parte para otra buscando en vano una salida ó un albergue contra las llamas, cuando al atravesar una habitación, ve á un niño tendido sobre su lecho.

Es el hijo de su enemigo que llora inocente alargándole sus manecitas para que le salve.

El primer movimiento de Pablo es de venganza. Instintivamente lleva la mano al cuchillo para matar al hijo del cruel enemigo que vá á hacerle perecer á él entre las llamas. Pero en aquel momento el angelito le mira con tanta confianza de haber encontrado su socorro, que vencido por un noble sentimiento de amor, le coge en sus brazos y se decide á salvarlo á todo trance. Con su preciosa carga empieza á luchar contra las llamas y el espeso humo que le envuelve. Sus ánimos se doblan á impulsos de su misma generosidad, y por último logra salir de la casa que se desploma tras él.

Pero en la calle se oyen los gritos de una nueva lucha. Los partidarios de Pablo corren armados á salvarle y la sangre corre por todas partes. De repente la esposa de Ruggiero dá un grito. Sus perspicaces ojos de madre han visto á su hijo en los brazos de Pablo. Ligera como un ciervo se precipita sobre aquellos dos seres ennegrecidos por el fuego, y con sus brazos maternales abraza al que es á la vez el asesino y el salvador de sus hijos.

Ruggiero la sigue suspirando y se arroja á los pies de Pablo. El padre, la madre y el salvador se abrazan tiernamente.

Espectáculo extraño, pero espectáculo sublime. Los fieros enemigos de una y otra parte se juntan, rodean aquel grupo con las lágrimas en los ojos y prorumpen en aclamaciones entusiastas: ¡Viva Pablo!

Al día siguiente se celebraba con júbilo en el pueblo la fiesta de la reconciliación más verdadera que presenciaron los siglos medios, que son los siglos de las venganzas y de la barbarie. Los Vicenti y los Grimaldi eternos enemigos se habían hecho amigos para siempre.

Y todo esto lo había obrado un noble arranque de abnegación y de generosidad.

¡Ah! Cuántas y cuántas reconciliaciones se efectuarían en el mundo si hubiese muchos hombres tan nobles como Pablo, que si en un momento de ceguedad y de ira cometió una falta, no fué en cambio sordo la primera vez que llamó Dios á la puerta de su corazón.

(Traducido del Francés.)

CUENTOS MORALES.

LA ESPIGA DEL CENTENO.

Si pasáis por el campo á poco de haber descargado la tormenta, vereis que las espigas del centeno están mustias y como tostadas; esto, segun refiere un escritor alemán, sucede á causa de su orgullo. Hé aquí la leyenda:

Un día el saúco, la golondrina, el trigo, la margarita y el centeno, se hallaban reunidos en un valle á tiempo que las nubes aglomeradas hacían presagiar una próxima tormenta.

La golondrina, como era la más avisada, fué la primera que buscó un lugar de refugio en el tronco del viejo saúco. Este, á quien los años habían dado experiencia, inclinó su ramaje casi hasta besar el suelo. El trigo inclinó sus preñadas espigas; sólo el centeno permaneció erguido y como desafiando á la tormenta.

—Bájate, le decían sus compañeros, bájate, no seas necio; el hombre aunque más fuerte que nosotros, no se atreve á desafiar al rayo.

—¿Quién ha dicho eso de que los hombres son más fuertes que nosotros? Yo por mí no reconozco superior; nada me intimida, y lo probaré mirando frente á frente al relámpago.

Dijo, y en aquel punto mismo estalló la tormenta, hendió el rayo las nubes, la lluvia y el granizo descendieron á la tierra, y el orgulloso centeno quedó mustio y humillado en presencia de sus compañeros.

Después que pasó la tempestad, el Señor tendió su arco en el cielo. El saúco volvió á elevar sus ramas, la golondrina salió de su escondite y cantó regocijada, la margarita desplegó sus pétalos embellecidos con

las gotas de la lluvia, el trigo enderezó sus rubias espigas; sólo el centeno permaneció abatido y no podía levantarse. Estaba quemado.

Hasta en la naturaleza se hacen palpables los funestos efectos del orgullo.

No en vano dice el Evangelio que "Todo el que se humille será ensalzado, y el que se ensalza, será humillado"

S. de M.

EL SACAMUELAS.



Un famoso sacamuélas,
tan listo como truhán,
predicaba con afán
por calles y por plazuelas.

—Señores: tomad dinero,
al pueblo me sacrifico.
Pues le curo y le hago rico,
solo por lo que le quiero.

Esto decía el galopin,
y arrojando calderilla,
embaucaba á maravilla
la gente de aquél confín.

Mas le oye un bobalicón,
y esperándole en acecho,
váse á su casa derecho
así que acabó el sermón.

—Señor, le dice, soy pobre,
enfermo y necesitado,
curadme, si es vuestro agrado,
y dadme de lo que os sobre.

—Estúpido, dijo el tal.
¿Nó comprendéis el misterio?
¿Iba yo á tirar en serio
mi ciencia y mi capital?

Si entusiasmo á mis oyentes
con frases de relumbrón,
es solo con inteneión
de ir sacándoles los dientes.

Aplica, ¡oh pueblo! este cuento.
Charlatanes hay formales
de muchísimo talento
que ofrecen curar tus males,
ojo... Llevan el intento
de sacarte los quijales.

PENSAMIENTOS DE ALGUNOS GRANDES HOMBRES

SOBRE EL DESCANSO DEL DOMINGO.

Para que vean ciertos monos de imitación lo poco acertados que andan cuando para darse tono (porque hoy cree dársele todo el que habla mal de la Religión) se atreven á calificar de fanatismo el gran precepto católico del descanso dominical, á conti-

nuación estampamos algunos pensamientos de hombres eminentísimos que aunque enemigos del catolicismo muchos de ellos, han tenido no obstante la franqueza de decir la verdad, en este punto tan importante para el bienestar de los pueblos.

«En la santificación y celebración del Domingo está contenido el principio más fecundo de nuestro futuro progreso... Las clases trabajadoras están vivamente interesadas en la fiesta dominical y en su conservación.»

(Proudhom.)

«El descanso del domingo es el primer precepto de la higiene, y facilita el medio de apreciar lo que un pueblo tiene de sentido común y cómo avanza en la cultura.»

(Doctor Paul Niemeyer, profesor de Higiene en Berlin.)

«La industria y el comercio han sido hechos para el hombre, y no el hombre para la industria y el comercio.

(Montalembert.)

«Nada semejante á la institución del sábado. Antes y despues del legislador del Sinai, fué conocido y ejecutado entre los hombres. El domingo, sábado cristiano, cuyo respeto parece haber disminuido, debe revivir en todo su esplendor.»

(Proudhom)

«El descanso del domingo á más de ser un deber religioso, es un deber humano, que tiene por objeto el proteger la salud y la vida. Desgraciado el jornalero que no santifica el domingo; él pagará caros los dineros ganados de una manera culpable en un día que debe ser de descanso.

(Paolo Mantegazza, Profesor de Medicina.)

«Un pueblo que reza es un pueblo que se levanta, y cuando este pueblo santifica las fiestas, lleva consigo la verdad y la salvación del mundo.»

(Mgr. Mermillod, Obispo de Ginebra.)

«Los pueblos que practican el decálogo prosperan; los que lo violan decaen; los que reniegan de él desaparecen.»

(Le Play.)

«¿Sabeis cuál es el grande é implacable enemigo de la instrucción del pueblo? Es el trabajo del domingo, que le condena á la ignorancia, que le impide todo cultivo sério y fecundo del espíritu y del corazón. Privarle del descanso en ese día, es privarle del conocimiento de sus derechos y de sus deberes, para sujetarle á las exigencias de la vida animal; es arrebatarle los medios de conocer la luz, con la cual respeta la Religión y las costumbres.

«Suprimir el domingo es, pues, de hecho y para la mayor parte de los obreros, suprimir la instrucción.»

(Montalembert.)

EL DIABLO EN UN BAILE.

Radiantes de alegría,
Con bellos trajes y esplendentes joyas,
En un salón se vía
A jóvenes sin cuento,
Vueltas dando al compás de un instrumento.
El Sr. Lucifer (que á estas funciones
Suele siempre asistir) bien afeitado,
Con levita, corbata y pantalones
Para ocultar la cola, allí acudiera
Sin que nadie le hubiese convidado.

Todo en el baile gozo respiraba;
Muy feliz parecía el que bailaba;
Más valiéndose el diablo de sus tretas,
De repente gritó: «Fuera caretas;
Muéstrese el corazón de cada uno
Sin antifaz ninguno.»

Y cómo por encanto,
Los de todos al punto reflejara
En un precioso espejo.... ¡Puff! ¡que espanto!
¡Cuán livianas pasiones
En ellos batallando se miráran!
Odios reconcentrados,
Bastardas ambiciones,
Deseos reprobados,
La envidia, las venganzas, el orgullo,
Y esto sin incluir la tontería,
Allí tambien danzando. De manera
Que tan grande placer, tanta alegría;
Todo mentira y apariencias era.

Si del gran mundo el ruido
Y sus dorados goces
A alguno han seducido,
Acuérdese del diablo de este apólogo,
Y miseria y dolor verá al instante
Por detras de una máscara brillante.
En vida retirada,
Con la conciencia pura
La paz puede encontrarse y la ventura,
Lejos de ella.... el vacío, el viento, nada.

José Doncel y Ordáz.

CANTARES.

Como es el mundo una bola
Que por el espacio gira,
Por debajo irán mañana
Los que van hoy por encima.

Si te vistes de hilo,
Nadie te escucha:
De seda y terciopelo
Todos te adulan.
¡Vaya un escarnio,
Que den á las personas
Valor los trapos!

En los espacios hay mundos;
En los mundos hay ciudades;
En las ciudades hay hombres,
Y en los hombres..... ¡vanidades!

M. Torreto.

OBRAS SON AMORES.

Fray Juan Gilabert Jofré era un santo religioso mercenario, que vivía en Valencia, en los primeros años del siglo XV, después de haber hecho largos viajes á Orán, Argel y Bujía, empleados en la obra sublime de la redención de cautivos cristianos.

Un día en que el piadoso varón caminaba hacia la iglesia de La Seo, vió con dolor que turba desalmada perseguía á un desgraciado demente, el cual, como si hubiese tenido en su infeliz estado, súbita inspiración del cielo, arrojándose ante Jofré, é imploró su amparo; entonces el santo mercenario reprendió á la plebe, y exhortóla con evangélica palabra á que respetase al pobre loco y tuviera compasión de su inmensa desgracia.

Pocos días después, en el púlpito de La Seo, predicó un sermón, y con tan generosos afectos movió el corazón de sus oyentes que uno de estos, rico mercader valenciano, le otorgó promesa de construir una casa donde los infelices locos hallasen hospitalidad y caritativa asistencia; y cumplió honradamente su promesa, en breve tiempo.

Tenemos pues que este *pícaro* fraile de quien hablamos fué el primero que protegió á los pobres locos, fundando el primer manicomio que se conoce.

Vamos á otro *pícaro*.

Este es un sacerdote de quien los periódicos se han ocupado hace pocos días para admirar su sublime caridad que consiste en proteger también á los pobres dementes, acompañarlos á los manicomios, cuidar de ellos y hacer, en fin, cuanto solo es dable hacer á la caridad. Este virtuoso sacerdote ha tenido que sufrir muchas veces furiosos golpes y hasta exponer su vida; pero ¿que importa la vida al que tiene puesto su corazón en aquél que sabe inspirar el verdadero amor á los pobres y á los desgraciados?

Pues aun hay más *pícaros*.

Hé aquí como describe un viagero la vida que los misioneros católicos están haciendo en América.

«En las praderas menos explotadas, bajo los rayos de un sol abrasador, ya á caballo ya á pié, llevando al hombro la frágil canoa de corteza de abedul, ó empujando de choza en choza su trineo, para visitar á los atacados de fiebre ó de viruela, llevan aquellos misioneros católicos el estandarte de su Divino Maestro y la luz de la civilización á las regiones más apartadas del Noroeste. Su único pensamiento es su deber para con Dios y sus semejantes.»

Hasta aquí la obra de los *pícaros* frailes y demás gente menuda. Ahora volvamos la hoja para ver las que están realizando en favor del pueblo los hombres de la ilustración y del progreso, los que á imitación del sacamuelas de la fábula que en otro lugar insertamos, le curan y le enriquecen gratis por lo mucho que le quieren.

Leemos en un periódico del día dos de este mes.

«La miseria es grande en París. Doseientos mil obreros carecen de trabajo allí donde la vida es tan dura para el pobre. Han quedado en la indigencia cerca de veinte mil traperos á consecuencia de las últimas medidas adoptadas por la prefectura del Sena, mientras que por otra parte más de seis mil cocheros de la Urbana se han declarado en huelga. La gran muchedumbre acudió á las Cámaras en demanda de socorro y no habiéndolo hallado ha celebrado una gran reunión donde se han proferido terribles amenazas contra los ricos.»

En una palabra, que hoy en Francia bajo el gobierno de la República más liberalísima del mundo, el obrero tiene libertad para todo... menos para comer.

Adelante y pasemos á Italia.

Sabido es que en Roma ha existido siempre el establecimiento llamado de Propaganda Fide, centro de donde salen misioneros para evangelizar las naciones infieles de todas las partes del mundo é introducir la civilización en los parajes mas remotos del globo.

Allí estudian y se preparan para ejercer su civilizador ministerio, sacerdotes de todas las razas conocidas aprendiendo toda clase de idiomas.

Allí hay una imprenta poliglota que posee las mejores prensas conocidas y en las que se ha llegado á imprimir el Padre Nuestro en doscientos cincuenta idiomas.

No hay para que decir que este centro fundado con los donativos de los Papas y de los católicos de varias naciones tiene un caracter eminentemente internacional y sus bienes se han mirado siempre como propios de la Iglesia en general que los destina á una de sus obras más civilizadora.

Pues bien, nada de esto ha impedido que los secuaces de Victorino Manuele hayan metido mano á esos bienes para sacarlos como ellos dicen de las manos muertas. Muertas y más que muertas pueden llamarse si se las compara con las de los que las tienen tan vivas para apoderarse delo ageno.

¡Hasta cuándo, pueblo amigo, permanecerás con los ojos cerrados!

A LA CRUZ

Y he de verte ¡oh Jesús! en un madero
Pendiente de tres clavos y llagado,
De punzantes espinas coronado,
Y exhalando el aliento postrimero!

¿Cómo puedo vivir tan placentero
Sabiendo que te ha puesto en ese estado
Mi negra ingratitud y mi pecado
Y de dolor y contrición no muero!

Oye, mi buen Jesús, oye mis preces:
Cárgame con tu Cruz pues lo deseas.
Sufrá contigo yo cuanto padeces
Y en mi tu imagen retratada veas.
Abrazado á mi cruz diré mil veces:
¡Bendita seas ¡oh Cruz! bendita seas!

Amancio Meseguer.

ACERTIJO.

Se pregunta. ¿Por qué ha dado Dios al hombre dos ojos, dos oídos y dos manos y sin embargo no le ha dado más que una lengua?

Contestación.

Porque ha querido que viéramos, oyéramos y trabajáramos mucho y al mismo tiempo habláramos muy poco.

REFLEXIÓN.

No hay ninguna luz que alumbre tanto como la luz de una buena conciencia.

M. Cañete.

LA LECTURA POPULAR. PUBLICACIÓN CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

CON CENSURA ECLESIASTICA.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y cuartos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó bien deja su distribución al arbitrio de esta Administración para que la haga en las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, establecimientos penales etc. Es pues una verdadera obra de caridad al alcance de todo católico celoso, que tenga interés en contribuir por su parte á contrarestar la perniciosa influencia que hoy está ejerciendo el periodismo impio y escandaloso entre las clases más pobres, y por tanto más necesitadas de la luz y de la verdad.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5 América.
Media id.	2 " "	2 50
Un cuarto id.	1 " "	1 25

Por medio de correspondencia 25 cént. de peseta más por acción.

Corresponsales: en Madrid, Administración de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo. En el resto de la Península, todas las librerías católicas.

En Cuba, M. Fuentes y Comp.ª. Librería «La Historia» Remedios.

La correspondencia á la Dirección de este periódico calle de Belot, núm. 3.

Imprenta de Cornelio Payá, calle Mayor, 37.